
Lo prohibido de Benito Pérez Galdós, o la historia de las traiciones encadenadas

The Forbidden by Benito Pérez Galdós or the Story of Chained Betrayals

LAVINIA SIMILARU
Universitatea din Craiova

Palabras claves

Benito Pérez Galdós;
literatura española;
realismo;
Lo prohibido;
traición.

Benito Pérez Galdós es el más ilustre representante del realismo español. En su discurso de recepción en la Real Academia Española, el escritor afirma que la novela es “imagen de la vida”, y en toda su obra se esfuerza en reflejar de la manera más fiel posible la vida real. *Lo prohibido* narra la historia de José María, un hombre que se enamora de Eloísa, su prima casada, y por eso traiciona la amistad que le demuestra el marido de esta. Conquista a la mujer con regalos caros, y la acostumbra al lujo. El marido se muere, el héroe tiene remordimientos, y ya no se siente atraído por aquella mujer insensata, insensible y capaz de arruinarlo. Entonces, ella lo traiciona a su vez, sustituyéndolo por un hombre mayor. Se va a París con su nuevo amante, y cuando regresa va a visitar a José María, para decirle que lo ama a él. Pero José María ya no ama a Eloísa, sino a la hermana de ella, que está casada. A José María siempre lo atrae “lo prohibido”.

Keywords

Benito Pérez Galdós;
Spanish literature;
realism;
The Forbidden;
betrayal.

Benito Pérez Galdós is the most illustrious representative of Spanish realism. In his acceptance speech on his reception into the Royal Spanish Academy, the author says that the novel is an ‘image of life’ and that in all of his work, he forces himself to show the most faithful reflection of the real life. *The Forbidden* tells the story of José María, a man who falls in love with Eloísa, his married cousin, and, because of this, he betrays her husband’s friendship. He seduces the woman with expensive gifts and makes her accustomed to luxury. The husband dies and the hero is filled with remorse, and he no longer feels attracted to the senseless woman who is able to ruin him. So it is her turn to betray, and she replaces him with an older man. She goes to Paris with her new lover and when she returns, she visits José María to say that it is him whom she loves. However, José María doesn’t love Eloísa anymore, but instead he loves her sister, who is married. José María is always attracted by ‘the forbidden’.

1. Benito Pérez Galdós

Como escribe Xesús Ferro Ruibal, “es condición de los grandes escritores escribir no tanto para los lectores contemporáneos de ellos sino para los del futuro” (2011: 82), ya que “las despedidas de las grandes obras de la humanidad no son sino rodeos que nos traen de vuelta a ellas” (Ivanovici, 2016: 12). Galdós es sin duda uno de estos grandes escritores que escriben no para sus contemporáneos, sino para los lectores venideros. De sus obras partimos para regresar una y otra vez.

Galdós, igual que el francés Honoré de Balzac, creó un mundo paralelo e idéntico al mundo real. O creó un espejo para que sus contemporáneos se miraran y descubrieran sus errores. Jacques Beyrie considera a Galdós “un creador superpotente, además de un trabajador encarnizado. Equivalente directo para España de Balzac, al que le unen vínculos decisivos, pasó su vida alimentando la ola torrencial de una producción de más de ciento diez volúmenes” (1995: 175). Los historiadores literarios españoles aprecian que Galdós “se ha convertido con el tiempo en nuestro máximo novelista después de Cervantes y, con ventajas y desventajas para uno y otros, comparable a Dickens, Balzac o Dostoiewski, sus contemporáneos” (Menéndez Peláez; Arellano et al., 2005: 337).

Galdós extrae su savia vital de Cervantes, a quien admira enormemente, y de quien toma la ironía serena y la mirada atenta y tolerante. De Cervantes aprende a observar tanto a la gente humilde, como a la gente de alcurnia, a las fregonas y a las duquesas, a los estudiantes y a los mozos de caballos. Sus personajes son seres de carne y hueso, no máscaras o títeres; Galdós es “el verdadero creador de lo que entendemos por realismo moderno en la novela española” (Del Río, 1982: 295), ya que “fue el primero en asimilar la lección de Balzac y de Dickens, al par que supo dar sentido nuevo al retorno hacia el antiguo realismo español, apropiándose lo substancial y rehuyendo la trampa de la imitación externa [...]” (295). Él mismo confiesa en “La sociedad presente como materia novelable”, su discurso de recepción en la Real Academia Española:

Imagen de la vida es la novela y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea y el lenguaje que es la marca de la raza, y las viviendas que son el signo de la familia, y la vestidura que diseña los últimos trazos externos de la personalidad: todo esto sin olvidar que debe existir perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción. (2006: 2-3)

Hay que destacar que el escritor aspira a la exactitud y a la belleza en sus narraciones.

Galdós legó a la posteridad setenta y siete novelas, y veintidós obras de teatro, de manera que es considerado el ilustre cronista de la sociedad española del siglo XIX, autor de una historia novelada. La historia de su país la evocó Galdós en un ambicioso y vasto proyecto que tituló *Episodios nacionales*, y que abarca cinco series de diez volúmenes cada una, salvo la última, que tiene sólo seis. Como asegura una entendida *Historia de la literatura*, “La realidad de la historia y la fantasía del novelista se alían armoniosamente en los episodios galdosianos para ofrecer, con las naturales y justificables licencias, una imagen verosímil y aleccionadora de la España contemporánea; lo que Galdós inventa, se ajusta muy cabalmente al sucedido histórico: está a su servicio y lo complementa” (Menéndez Peláez; Arellano et al., 2005: 334).

Además de los *Episodios nacionales*, Galdós nos dejó sus memorables *novelas contemporáneas*. Seis de estas, —*La desheredada*, *El amigo Manso*, *El doctor Centeno*, *Tormento*, *Lo prohibido*, y *Fortunata y*

Jacinta— constituyen un “ciclo particular” (Blanco; Blanco Aguinada, 1994: 12) dentro de las novelas «contemporáneas». En estas novelas, “Galdós se ocupa por primera vez del desbarajuste moral y de la falta de principios de una sociedad en formación en la que una nueva clase —la burguesía ascendente— lucha por llegar al poder político viéndose obligada a cambalachear con la anterior clase dominante, con la cual llegará [...] a los acuerdos necesarios para crear un nuevo poder sociopolítico” (13).

Por todo esto, el escritor se hubiera merecido sin duda aquel Nobel que no le concedieron. Aunque no sabemos si a él le hubiera gustado, ya que fue un hombre tímido y un escritor demasiado modesto, que en “La sociedad presente como materia novelable” decía que había caído “en la tentación de escribir para el público”, y que no deseaba poner sus “manos profanas en el sagrado tesoro de la erudición y del saber crítico y bibliográfico” (2006: 2).

2. *Lo prohibido*

Es “el retrato de una sociedad que utilizará cualquier medio para proveerse de dinero, pero, quizá por la misma razón, que carece de lo que el narrador [...] llama «esa impulsión moral» para llevar a cabo cualquier obra empezada” (Whiston, 2001: 107). La novela es el supuesto diario de los años pasados en Madrid por el protagonista, José María. Después de la muerte de sus padres, este decide irse a vivir en la capital, donde conoce a su tío Rafael y a sus primos segundos, tres mujeres y un hombre. Las tres mujeres están todas casadas, detalle que José María lamenta, ya que se enamora de una de ellas. Rico y generoso, el héroe estimula el gusto de Eloísa, la mujer que ama, por los objetos de arte y el lujo. Eloísa desea comprar todo lo bello que ve, y llega a tener una casa que parece un almacén de objetos de arte, o un museo, y de ninguna manera un hogar familiar. José María no necesita mucho tiempo para convertirla en su amante, a pesar de que al principio tiene que lidiar con los remordimientos de la mujer adúltera: “Hablamos atropellada y nerviosamente de las dificultades que nos cercaban; ella temía el escándalo, parecía muy cuidadosa de su reputación y aun dispuesta a sacrificar el amor que me tenía por el decoro de la familia. Manifestaba también escrúpulos religiosos y de conciencia [...]” (Galdós, 2001: 229). En esta disputa, al marido prefieren ignorarlo, como si no existiera: “En ninguna de las conversaciones de aquellos días nombrábamos jamás a Carrillo” (229).

Es un amor prohibido, los dos protagonistas temen el escándalo público, pero son felices, o al menos José María, el que relata la historia, confiesa que vivía ese amor en toda su plenitud:

El amor por una parte, con la dulzura de sus goces prohibidos; la vanidad victoriosa por otra, mantenían mi espíritu en estado de tensión incesante. Yo no cabía en mí de gozo. Me sentía ya capaz, no sólo de locuras románticas, sino aun de las mayores violencias, si alguien osara disputarme aquel bien que consideraba eternamente mío. Eloísa me esclavizaba con fuerza irresistible. Su tenaz cariño era pagado liberalmente por mí, con exaltada pasión, con estimación, hasta con respeto, con todo lo que el corazón humano puede dar de sí en su variada florescencia afectiva. (231)

José María y Eloísa viajan a París, aunque ella está acompañada por su marido. En la capital francesa tienen encuentros menos furtivos que en Madrid, puesto que el marido de Eloísa está casi siempre ausente, teniendo que buscar médicos para tratar de curar su enfermedad: “El pobre Pepe estaba delicadísimo y no podía invertir su tiempo más que en dejarse ver y examinar de las eminencias médicas, en someterse a tratamientos fastidiosos [...]” (233). Los amantes son muy crueles, gozan su amor, sin apiadarse del enfermo:

En los cuatro días que Carrillo estuvo sin más compañía que la de un camarero, en los baños de Enghien, disfrutamos los pecadores de una independencia que hasta entonces no habíamos conocido. Eloísa iba a mi hotel. Estábamos como en nuestra casa, libres, solos, haciendo lo que se nos antojaba, almorzando en la mesilla de mi gabinete, ella sin peinarse, a medio vestir, yo vestido también con el mayor abandono; ambos irreflexivos, indolentes, gozando de la vida como los seres más autónomos y más enamorados de la creación. (234)

Los dos enamorados no desean, ni provocan la muerte del marido que estorba sus planes, pero cuentan con aquella muerte, y dan por sentado su futuro matrimonio: “[...] la idea de la disolución del matrimonio por muerte del marido estaba fija en la mente de uno y otro, aunque ninguno de los dos lo declarase. Tal idea salía a relucir de improviso cuando hablábamos de alguna cosa completamente extraña a la dolencia de Carrillo. Más de una vez se le escaparon a Eloísa frases, en las cuales, refiriéndose a días venideros, iba envuelta la persuasión de ser para entonces mi mujer” (250). Mucho antes, José María, convaleciente, se despierta pensando que Eloísa es su mujer:

Un ratito después, creo que me hundí un poco en el sueño. Pero resurgí pronto viendo a Eloísa que entraba por la puerta de la alcoba. Vestía de color claro, bata de seda o no sé qué. Acercábase acompañada de un rumorillo muy bonito, de un *tintín* gracioso que me daba en el corazón, causándome embriaguez de júbilo. Traía en la mano izquierda una taza de té y en la derecha una cucharilla, con la cual agitaba el líquido caliente para disolver el azúcar. Ved aquí el origen de tan linda música. Avanzó, pues, a lo largo de mi gabinete que estaba, como he dicho, medio a oscuras, y se acercó a mi persona inclinándose para ver si dormía... Pues bien, en aquel instante, hallándome tan despierto como ahora y en el pleno uso de mis facultades, creí firmemente que Eloísa era mi mujer. Y no fue tan corto aquel momento. El craso error tardó algún tiempo en desvanecerse, y la desilusión me hizo lanzar una queja. (190)

Un sueño de este tipo delata sin duda los pensamientos más íntimos del héroe. Está claro que José María piensa casarse con Eloísa.

Eloísa es una mujer fría, que va al teatro y se divierte, cuando su marido tiene dolores insoportables. Esa misma noche, Pepe Carrillo se muere.

La muerte de Carrillo provoca a José María sentimientos muy intensos. El hijo de Carrillo y Eloísa, un niño de dos años, le repite al protagonista lo que cuentan las criadas de la familia: que él ya no se irá a su casa, sino que se convertirá en su padre. Esto desconcierta a José María:

Este inocente lenguaje me lastimaba. No pude contestar categóricamente a las cosas más graves que yo había oído en mi vida. Por que sí, jamás de labios humanos brotaron, para venir sobre mí como espada cortante, palabras que entrañaran problemas como el que formulaban aquellos labios de rosa. Dejele en poder de su criada, que vino a buscarle, y me retiré. La casa, como vulgarmente se dice, se me desplomaba encima. Sin despedirme de nadie me marché a la mía. (336)

Después de la muerte de Carrillo, José María ya no se siente atraído por Eloísa. La idea de sustituir a Carrillo, de vivir en la casa del muerto, y de vivir la vida del muerto, le aterra:

Sí, sí; la muerte de Pepe había sido como uno de esos giros de teatro que destruyen todo encanto y trastornan la magia de la escena. Lo que en vida de él me enorgullecía, ahora me hastiaba; lo que en vida de él era plenitud de amor propio, era ya recelos, suspicacia con vagos asomos de vergüenza. Si robarle fue mi vanidad y mi placer, heredarle era mi martirio. La idea de ser otro Carrillo me envenenaba la sangre. La desilusión, agrandándose y abriéndose como una caverna, hizo en mi alma un vacío espantoso. No era posible engañarme sobre esto. (338)

Ahora, José María se enamora de Camila, la hermana de Eloísa, y tiene que confesarse a sí mismo que le atrae lo prohibido. Había deseado a Eloísa cuando estaba casada, pero Eloísa libre ya no le inspira más que repugnancia. Cuando Eloísa se queda viuda, José María desea a Camila, la hermana felizmente casada.

En su Introducción de la edición de Cátedra, James Whiston estima que “La Segunda Parte de *Lo prohibido* es como un espejo donde la primera experiencia del narrador es reemplazada por una imagen repetida que también es falsa: los amoríos del narrador y Eloísa sólo pueden repetirse con amores soñados en la Segunda Parte, por falta de cooperación de Camila” (2001: 47).

José María tratará de tentar a Camila ofreciéndole regalos como antes a Eloísa, tratará de desprestigiar y de insultar a Constantino, el marido de Camila, pero todo será inútil: Camila ama a su esposo, y no cede.

En cuanto a Eloísa, ella no aceptará llevar una vida más modesta, para salvarse de la ruina, y preferirá entregarse a otro amante dispuesto a mantenerla, y experimentará una decadencia progresiva. “La Segunda Parte documenta las varias fases de la desgraciada vida de Eloísa e introduce sustancialmente a la tercera hermana, María Juana, cuyas relaciones con el narrador se insinúan en el capítulo XXIII” (46).

3. Las traiciones encadenadas de *Lo prohibido*

José María traiciona la amistad y la confianza que le muestra Pepe Carrillo, el marido de Eloísa. José María es amante de la mujer y amigo del marido. Los diálogos entre los dos hombres no dejan de ser muy cordiales. Pepe trata a José María con respeto, le pregunta por la política y la sociedad inglesas, que tanto le interesan a él. Como la madre de José María era inglesa, este había vivido muchos años en Inglaterra, y podía proporcionarle información sobre aquel país y sus habitantes, información que Pepe le pide a José María siempre que tiene la oportunidad de hacerlo. Le importan mucho las opiniones de José María, lo que quiere decir que Pepe estima a su amigo. Nunca sospecha Pepe que José María es capaz de traicionar su amistad, y que es amante de Eloísa. Nunca piensa que José María pueda ser tan vil.

En lo que le concierne, José María no puede reprimir la admiración que siente por Pepe.

A pesar de todo, José María no es un ser vacío y frío, tiene sentimientos, y la conciencia le remuerde: “Aquel hombre que me inspiraba una compasión profunda y un temor supersticioso, aquel Carrillo, amigo vendido, pariente vilipendiado, valía más que yo” (Galdós, 2001: 244).

Pepe Carrillo, en su lecho de muerte, estrecha a José María en sus brazos, hasta hacerle daño. José María piensa un momento que el marido de su amante manifiesta, por fin, su odio:

Cuando Celedonio y yo nos quedamos solos con el moribundo, este me echó los brazos, uno al cuello, otro por delante del pecho, y apretome tan fuertemente que me sentí mal. Me hacía daño. ¿Qué fuerza era aquella que le entraba en el instante último, al extinguirse la vida?...

Pasó por mi mente una idea, como pasan las estrellas volantes por el cielo. «¡Ah! —pensé— aquí está al fin ese odio que te rehabilita a mis ojos. La última contracción del organismo que se desploma es para expresarme que eres, que debes ser mi enemigo...». Luego oprimió su rostro contra mí, y de su boca salió un bramido fuerte, profundo, que parecía tener filo como una espada... Creí sentir un dardo que me atravesaba el pecho. (330)

Pero pronto admite que se equivoca: “Con aquel gemido se acabó su desdichada vida... Le miré la cara, y en sus ojos vidriosos vi cuajada y congelada la misma expresión de amistad leal que me había mostrado siempre... No, ¡pobre cordero! no me odiaba... Costome trabajo desasirme del brazo de aquel inocente que quería sin duda llevarme consigo al Limbo” (330).

José María no puede dejar de apreciar a Carrillo, y, por eso, en el momento de la muerte de este, está invadido por una tristeza profunda. La muerte de Carrillo provoca a José María fuertes remordimientos. No solo por la sangre se compara con un criminal: “¡Qué noche! Cuando todo concluyó, salí de la alcoba, deseando quitarme pronto la ropa, que estaba manchada de sangre. En el pasillo me vi a la claridad del día, que entraba ya por las ventanas del patio, y sentí un horror de mí mismo que no puedo explicar ahora. Parecía un asesino, un carnicero, qué sé yo...” (331). José María tiene la sensación de usurpar el lugar de Carrillo. En el primer momento, acepta la sugerencia de los criados y se pone ropa del muerto, ya que la suya está manchada de sangre. Pero esta es su reacción: “La idea de ponerme sus vestidos me causaba un sentimiento muy extraño; no sé qué era; mas hallábame tan horrible con la mía que acepté. Púseme a toda prisa una camisa, un chaleco de abrigo y una bata corta del muerto. Pero deseando vestirme con mi ropa, mandé a Evaristo a casa para que me la trajera” (331). Siente un alivio cuando le traen ropa propia y puede quitarse la ropa del muerto. También tiene que usar el escritorio de Pepe Carrillo para redactar la esquila mortuoria, y esto le provoca la misma sensación de usurpar su lugar: “Sentado donde Pepe se sentaba, no sé qué sentía yo al ver en torno mío aquellas prendas suyas, jamargas prendas!, en las cuales parecía que estaba adherido y como suspenso su espíritu. Allí vi estados de recaudación de fondos filantrópicos, circulares solicitando auxilios de corporaciones y particulares, cuentas de suministro y víveres y otros documentos que acreditaban la caritativa actividad de aquel desventurado” (333). Al contemplar aquellos objetos, que evocan las actividades del muerto, José María siente una vez más admiración por aquel hombre. Le resulta muy penoso seguir ocupando su lugar, pero se ve obligado a hacerlo, por razones prácticas, hasta que el cadáver esté sepultado:

La señora, por razón de su estado, no podía dar órdenes, y los criados se dirigían a cada instante a mí, como si yo fuera el amo, como si lo hubiera sido siempre, y me consultaban sobre todas las dudas que ocurrían. Y aquella autoridad mía era uno de esos absurdos que, por haber venido lentamente en la serie de los sucesos, ya no lo parecía. Ved, pues, cómo lo más contrario a la razón y al orden de la sociedad llega a ser natural y corriente, cuando de un hecho en otro, la excepción va subiendo, subiendo hasta usurpar el trono de la regla. Y cosas que vistas de pronto nos sorprenden, cuando llegamos a ellas por lenta gradación, nos parecen naturales. (333)

La muerte de Carrillo en sus brazos le provoca a José María gran turbación, descrita magistralmente por Galdós. El protagonista apunta en sus memorias: “Sentía imperiosa necesidad de estar solo. La tristeza reclamaba todo mi ser, y tenía que dárselo, aislándome.

Conocí que venía sobre mí un ataque de aquel mal de familia que de tiempo en tiempo reclamaba su tributo en la forma de pasión de ánimo y de huraña soledad. Y lo que había visto y sentido en tales días era más que suficiente motivo para que el maldito achaque constitutivo se acordara de mí” (337).

José María no puede dejar de pensar en el muerto, la mala conciencia lo atormenta, porque la amistad que Pepe le ha mostrado durante toda su vida le desconcierta y le hace comprender que él, José María, se ha comportado de manera abyecta, y es un ser despreciable:

En la soledad de aquella noche y de todo el día siguiente tuve un compañero, Carrillo, cuya imagen no me dejó dormir. El ruido de oídos, que me martirizaba, era su voz; y mi sombra, al pasarme por la habitación, su persona. Le sentía a mi lado y tras de mí, sin que me inspirara el temor que llevan consigo los aparecidos. Es más: me hacía compañía, y creo que sin tal obsesión habría estado más melancólico. Mi afán mayor, mi idea fija era querer penetrar, ya que antes no pude hacerlo, las propiedades íntimas de aquel carácter, y descifrar la increíble amistad que me mostró siempre, mayormente en sus últimos instantes. (337)

Está tan turbado, que oscila entre sentimientos contradictorios: “¡Era para volverme estúpido! Cuando dicho afecto me parecía un sentimiento elevadísimo y sublime, comprendido dentro de la santidad, mi juicio daba un vuelco y venía a considerarlo como lo más deplorable de la miseria humana. Yo me secaba los sesos pensando en esto, traspasado de lástima por él, a veces sintiendo menosprecio, a ratos admiración” (337).

José María ya no ama a Eloísa, ahora se siente atraído por Camila, la hermana casada de su antigua amante. Por eso, y por la mala conciencia, no quiere seguir la relación con Eloísa. Además, teme que aquella mujer tan aficionada al lujo le arruine. Sin el apoyo financiero de José María, Eloísa debería renunciar a lo que más le gusta: a su casa – museo, a sus cuadros, a sus joyas, a sus vestidos caros... Eloísa no está dispuesta a hacerlo, y, para seguir llevando el mismo tren de vida, se entrega a otro pretendiente, a pesar de que el hombre es mayor y no le gusta.

Un amigo de José María le cuenta a este los chismes sobre Eloísa, y el héroe entiende que Eloísa ha decidido traicionarle por dinero: “Irrítome que aquel tipo hablara de Eloísa con tanta desconsideración. Sospechando por un instante que la calumniaba, pensé poner correctivo a la calumnia; pero algo clamaba dentro de mí apoyando el aserto, y me callé. Era verdad, era verdad. La tremenda lógica de la fragilidad humana lo escribía en letras de fuego en mi cerebro” (382). José María ya no ama a Eloísa, pero no puede reprimir su amargura: “Lo que me causaba extrañeza era sentirme contrariado, lastimado, herido por la noticia. ¿Qué me importaba a mí la conducta de aquella *prójima*, si yo no la quería ya...? No sé si era despecho, o injuria del amor propio lo que yo sentía; pero fuera lo que fuese, me mortificaba bastante. Al propio tiempo me dolía ver en el camino de la degradación a la que me fue tan cara, y alguna parte debieron tener también en mi pena los remordimientos por haberla puesto yo en semejante sendero” (383). José María no es cruel, y admite que parte de la culpa es suya, por haberla acostumbrado al lujo, y por haberla abandonado después, de manera que Eloísa no había tenido alternativa. José María comprende que él no es mejor que su antigua amante. Estos son sus pensamientos, cuando Eloísa, después de veranear en París con su nuevo amante, se humilla delante de José María, va a visitarle y a suplicar su “amistad”: “Diéronme ganas, primero, de echarla de mi casa. Pero aquel catonismo se me representó luego como una crueldad injusta, pues yo, si no era peor que ella, tampoco era mejor. Fui indulgente, acordeme de aquello de *la primera piedra*, hícela sentar a mi lado, y hablamos” (428). Eloísa explica su actitud con mucho cinismo: “Sé que soy una mala

mujer; pero qué quieres... el mundo, locuras, ambiciones, las cosas que se van enredando, enredando... Que hay muchas necesidades y poco dinero... Fue un remolino que me arrastró, fue lo que llaman los marinos un ciclón; di muchas vueltas, sin poder luchar con él” (429). José María no puede evitar sentir lástima por ella, y la trata con serenidad, con mucha tolerancia y con cierta ternura. Irá a verla muchas veces.

En la Segunda Parte, José María tratará de conquistar a Camila, pero no lo conseguirá. Utilizará los mismos métodos que le habían asegurado el éxito con Eloísa. Se acercará a Constantino, le ofrecerá regalos a él, puesto que la mujer no los acepta, le comprará corbatas y hasta un caballo. La amistad con Constantino es otra amistad interesada, y en este caso José María no podrá ocultar del todo el desprecio que le inspira el marido de Camila, y en varias ocasiones le insultará, e incluso tratará de golpearle, con el pretexto de practicar deportes. Pero esta traición no se llevará a cabo, puesto que Camila preferirá seguir siendo fiel a su marido.

Para concluir podemos afirmar que José María es un personaje que, a pesar de sus defectos, no carece de sentimientos nobles, se da cuenta de sus errores, y despierta la simpatía de los lectores. José María es sin duda una magistral creación de Galdós.

BIBLIOGRAFÍA:

PÉREZ GALDÓS, Benito (2001). *Lo prohibido*. Madrid: Cátedra.

BEYRIE, Jacques (1995). Pérez Galdós. In Jean CANAVAGGIO (coord.), *Historia de la literatura española* (pp. 175-180), Tomo V, *El siglo XIX*. Traducción del francés de Juana BIGNOZZI. Barcelona: Ariel.

BLANCO, Alda & BLANCO AGUINGA, Carlos (1994). Introducción. In Benito PÉREZ GALDÓS, *La de Bringas* (pp. 9-45). Madrid: Cátedra.

DEL RÍO, Ángel (1982). *Historia de la literatura española* (vol. 2). Barcelona: Bruguera.

IVANOVICI, Víctor (2016). *Itinerarios cervantinos*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.

FERRO RUIBAL, Xesús (2011). Álvaro Cunqueiro e a paremioloxía. *Cadernos de fraseoloxía galega*, 13, 77-112.

MENÉNDEZ PELÁEZ, Jesús et al. (2005). *Historia de la literatura española* (vol. III). León: Everest.

PÉREZ GALDÓS, Benito (2006). La sociedad presente como materia novelable. (Discurso ante la Real Academia Española, con motivo de su recepción). Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/130020.pdf> [Última consulta: 20/07/2017].

WHISTON, James (2001). Introducción. In Benito PÉREZ GALDÓS. *Lo prohibido* (pp. 14-121). Madrid: Cátedra.